

Charo  
Prados

La carpa  
de oro

P

Paréntesis

**FRAGMENTO**

*Colección Umbral*

## OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

*Javier Villanueva. La verdadera historia*, INMA PORTALO  
Y JAVIER VILLANUEVA

*Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad*, JESÚS COTTA

- **COLECCIÓN ORFEO**

*Cuchulain de Muirthemne*, LADY GREGORY

*La sangre y el eco*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*Todas las mujeres*, JOSE MARÍA CONGET

*Los consulados del Más Allá*, AQUILINO DUQUE

*La fiebre de Siam*, EDUARDO JORDÁ

*Las historias gallegas*, ÁLVARO CUNQUEIRO

*La catedral*, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

*Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita*

*Cincodedos*, JULIO MANUEL DE LA ROSA

*El misterio del mundo. Antología*, FERNANDO PESSOA

*Misión en Bucarest y otras narraciones*, AGUSTÍN DE FOXÁ

- **COLECCIÓN UMBRAL**

*Vacaciones de invierno*, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

*Plaza del Cabildo*, EMILIO DURÁN

*El centro de la Tierra*, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

*El viento y la arena*, ANTONIO REYES MATEO

*Hildur*, TONI MONTESINOS

*Doménica*, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

*La maldición del cronista*, MARC GUAL

*Sueños de libertad*, CARLOS ALGORA

*Horas para Wallada*, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

*El año de Malandar*, JUAN VILLA



Charo Prados, nacida en Alcalá del Río (Sevilla), es licenciada en Filología Hispánica e imparte clases en enseñanza secundaria.

Tras publicar sus primeros poemas en la antología *Ruptura y mimesis. Aproximación a la joven poesía sevillana* (1982), obtuvo, en 1983, el Primer Premio de Poesía de la Facultad de Filología de la Universidad de Sevilla con el poemario *Como un espejo roto*. En 1997 ganó el Premio Ciudad de San Fernando con el libro *El aire detenido* (1997). Por *Tan alta soledad* (2004) le fue concedido el accésit del XVI Premio Internacional de Poesía Rafael Alberti. También ha sido recientemente galardonada con el XXV Premio de Poesía Rafael Morales por su obra *Todos los fuegos* (2009).

Como poeta y cuentista ha colaborado con revistas como *Renacimiento* (Sevilla) y *Palimpsesto* (Carmona) así como con publicaciones periódicas electrónicas, y su nombre aparece en diversas antologías.

## A MANERA DE PRÓLOGO

Como dice Jesús Aguado, *el sueño es un acto poético espontáneo*. Un cuento es un sueño. Mejor dicho, escribir un cuento es como escribir un sueño. Al principio tienes sólo una vaga imagen, un color, una palabra, una canción. Hay que guardar bien ese hilo, la urdimbre primera del relato. Luego toca dejarlo crecer por dentro, en la cabeza, en las entrañas. Después llega el momento del parto. Tienes que sentarte despacio, esperarlo. El cuento nace solo, como los hijos, o como los sueños. Hay que dejarse llevar, sumergirse en él, dejarlo que surja.

Mientras, le preparas su cuna: papel, lápiz, un cigarrillo, horas por delante. Si hay suerte, el cuento nace del tirón, sin ayuda alguna, con las urgencias que traen al mundo algunos recién nacidos. Hay otros que se demoran un poco, y hay que ayudarlos. Fumar de nuevo un cigarrillo, mirar al horizonte, regar las plantas de la terraza, pasear un rato; incluso dormir y dejarlo crecer bajo la almohada. El parto puede demorarse días, semanas, meses. Serenidad. El cuento-hijo siempre termina saliendo a la luz. En tu interior ya lo sabes. Le has puesto hasta nombre.

Mi primer hijo, perdón, cuento, tuvo un parto difícil. Se llamaba «Cinco lobitos», y, como buena primeriza, tenía miedo de parir. Desde entonces he tenido trece. A todos los quiero por igual, como una buena madre. Pero tengo una debilidad: «La carpa de oro». Nació solo, sin ningún esfuerzo por mi parte. Delante de la pantalla del ordenador, mis dedos se movían con rapidez, mientras yo asistía atónita a ese alumbramiento. Esa niña sin nombre que conocía tan bien a la carpa tenía vida propia, mucha sensibilidad, una imaginación desbor-

dante. Fue ella, y no yo, la que creó en su cabeza a la carpa de oro, sus extrañas costumbres, su inquietante y hermoso destino de guardiana de la primavera.

También siento debilidad, cómo no, por el benjamín. Se llama «Una historia fabulosa» y hace el número trece de mis hijos-cuentos. Teresa, su protagonista, es y no es a un tiempo la misma niña que en el cuento de la carpa arranca como una loca las amapolas de la huerta de las naranjas para alimentar al hermoso pez.

En fin, sé poco más. Ignoro si he soñado o inventado estas trece historias. Ojalá las disfrutes, lector, y viajes con ellas más allá de la superficie de lo real. Si te ahondas, te sumerges y sales otra vez a la luz, quizás seas después más sabio, más libre, más humano.

Sólo aspiro a eso: a que con mis palabras viajes hacia y desde tu interior, y a que disfrutes del viaje. Si no, para qué se inventaron las *ítacas*.

Y con esto te dejo. Buenas noches, y felices sueños.

CHARO PRADOS

«Como las galaxias, todas las cosas, hasta las más menudas, tienden a la dispersión y nos difuminamos en ese alejamiento de cada una de las partículas que alguna vez formaron parte de nosotros o estuvieron ordenadas alrededor, acompasadas a nuestros gestos, para irnos encontrando inmersos cada vez más en un vacío al que apenas consiguen dar solidez elementos como la persistencia de ciertos sabores y olores, el modo de peinarnos, la música, el sueño.»

José M<sup>a</sup> Merino, *Viaje ininterrumpido*

# LA CARPA DE ORO

Era sábado. De eso estaba segura porque la piel le olía a jabón. Y porque tenía el pelo un poco mojado. Y porque en la cocina la olla con los garbanzos hacía chup-chup. Los sábados siempre comían garbanzos. Y no había que ir al colegio. Y se bañaban en la bañera grande. Por la tarde irían a la huerta a comprar naranjas.

Al niño siempre lo bañaban el primero, en el agua limpia, recién salida del grifo. Después le tocaba a ella. Mamá le dejaba añadir un poco de agua caliente, pero no mucha. Si echaba demasiada, el agua caliente se gastaba, y todavía tenía que bañarse su hermana mayor. A veces se bañaban juntas, aunque ya casi no cabían. El agua estaba un poco sucia, y dejaba un borde como de nata oscura en las paredes blancas de la bañera. Pero podían quedarse mucho rato. Y después se secaban con las toallas blancas, que mamá dejaba bien dobladas encima del banquillo.

Las toallas eran un poco ásperas, dejaban en la piel caliente y húmeda pequeñas marcas rojizas. Pero después de secarse con ellas se volvían blandas, y servían para hacerse disfraces: de mora, de romana, de Cleopatra, de india. En el cuarto de baño el vapor del agua caliente formaba una nube densa, turbia, que mareaba un poco. Los azulejos sudaban gotitas de agua fría, que resbalaban hacia abajo formando dibujos caprichosos. Aunque si se quedaban demasiado rato empezaba a hacer frío, y el tacto húmedo de las toallas se volvía viscoso, como de saliva o de sangre.

El agua de la pileta de la casa de la abuela estaba fría y era oscura. Casi negra. El verdín recubría las paredes, y también era viscoso. Del grifo dorado caía a veces una gota, que dibujaba un círculo en la superficie verdinegra. El círculo se abría cada vez más, hasta tocar las paredes del pilón. Entonces se rompía. Y el agua volvía a quedarse quieta. Daba un poco de miedo, como si no tuviera fondo, o en el fondo vivieran seres extraños, peces con dos cabezas, arañas de agua, gusanos venenosos. La abuela decía que el agua del pilón no se podía beber, porque tenía sanguijuelas. Las sanguijuelas eran bichitos invisibles, que te mordían por dentro y te sacaban la sangre.

En la huerta de las naranjas había una alberca. Era como un pilón grande, cuadrado. Las paredes eran muy altas y estaban pintadas de blanco. Para asomarse había que dar la vuelta, y subirse en unas piedras altas y planas que había por la parte de atrás. El pretil era ancho, y rascaba. El agua también era oscura, y debía de estar muy fría. No se veía el fondo, como en el pozo de la casa de la otra abuela. Eso hacía cosquillas en el estómago, como cuando se tiene mucha hambre. Pero había que aguantar un rato si querías ver la carpa.

La carpa estaba siempre dormida allí abajo. Era tan grande que casi no podía moverse dentro de las cuatro paredes blancas de la alberca. Los hijos del dueño de la huerta tenían un palo largo, una rama de naranjo a la que le habían arrancado las hojas. Con él agitaban el fondo, levantado olas de color verde oscuro. Despertaban al gran pez. Lo obligaban a moverse perezosamente, buscando un sitio más tranquilo donde echarse a dormir.

—Muévete, muévete, le gritaban.

Estaban subidos en el pretil, a horcajadas, y metían los pies descalzos en el agua negra. Como eran mellizos, lo hacían siempre todo juntos. Y no se sabía quién era quién.

A veces la carpa no se movía. Tenía demasiado sueño. Estaba demasiado gorda. O quizás se había ido. Sólo ella sabía que en el fondo de la alberca había un túnel. Un túnel negro y

largo, que llevaba al centro de la huerta. Allí había un pilón subterráneo, en el que se podía nadar sin que nadie te despertara. Las raíces de todos los naranjos terminaban en el agua quieta, que en invierno era de color verde claro. Pero en enero el agua se volvía amarilla, y al principio de la primavera tenía el color dorado de las naranjas maduras. Porque la carpa comía sol. Y en su estómago inmenso llevaba el sol desde la superficie de la alberca hasta las aguas sumergidas y las raíces de los árboles. Era un trabajo lento, muy pesado. Por eso al principio del año, cuando los libros de la escuela estaban todavía nuevos y apenas había llovido, las naranjas eran verdes. Y sabían ácidas. Hacían cosquillas en la nariz, como los caramelos de menta.

El dueño de la huerta tenía las piernas dobladas, formando un arco, y andaba muy despacio, con movimientos extraños, como de enano. Cogía las naranjas subido a una escalera de madera muy alta. Su padre le decía:

—Veinte kilos.

Y el hombre cogía un saco de rafia, que era como una tela de plástico blando, y lo iba llenando, cogiendo de cada árbol las naranjas más gordas, las que tenían la piel verde y rugosa salpicada de manchas amarillentas. Se las daba a probar a su madre, que las pelaba con las manos, arrancando trozos pequeños de piel con las uñas. El abuelo pelaba las naranjas con una navaja pequeña. Primero hacía un corte redondo en la parte de arriba, donde el rabo había dejado un marca oscura y dura, y luego en el culo, donde la piel dibujaba unas arruguitas parecidas a las del ombligo. Debajo de esas arruguitas estaban los gajos pequeños, formando un racimo apretado. Luego quitaba las tapaderas, y hacía con la punta de la navaja cortes que se parecían a las rayas del mapamundi que había en la pared del despacho del director de la escuela. Por último tiraba de la piel con sus manos inmensas.

Si pelabas las naranjas con las manos te dejaban un olor ácido, parecido al del azahar que echaba el limonero que había en el patio de la abuela. Los limones también eran muy ácidos,

si los mordías parecía que te quemaban los labios y la lengua. Eran buenos para el dolor de barriga, con un poco de agua y unos polvos blancos que la abuela guardaba en la alacena y que se llamaban sal de frutas. Pero no sabían a fruta, y a veces daban ganas de vomitar.

El hombre tardaba mucho rato en coger las naranjas. Y los mellizos se cansaban de llamar a la carpa, y a ella le dolían los brazos de estirarse para llegar hasta el pretil. Entonces se iba a dar una vuelta. La tierra estaba húmeda, y dejaba las suelas de los zapatos manchadas de barro rojizo. Pero estaba permitido pisar la tierra. Y coger jaramagos, que eran amarillos como los limones pero más claritos. Porque comían menos sol. Por eso no les daba tiempo de volverse dorados, aunque eran mucho más pequeños que las naranjas. Y no se podían comer. Mamá decía que tenían veneno.

Algunas veces había amapolas. Las amapolas eran unas flores muy rojas, como la sangre. Así que no comían sol. Pero salían de la tierra cuando las naranjas ya estaban maduras. Era un misterio de dónde sacaban aquel color tan extraño. Mamá decía que no se podían coger. Porque si las cogías, se morían enseguida. No servían para hacer ramos. Había que dejarlas allí, sobre la tierra rojiza, entre la hierba verde. Para que vivieran en paz.

**IR A LA FICHA DEL LIBRO**

---

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,  
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y  
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito  
de los titulares del copyright.**